

Schöffling & Co.

foreign rights

author Valentin Senger
title Kaiserhofstraße 12
original title Kaiserhofstraße 12
© 2010 by Schöffling & Co.

Spanish sample translation

translated by Yolanda Prieto Pardo
copyright for the translation Yolanda Prieto Pardo

contact Schöffling & Co.
Verlagsbuchhandlung GmbH
Foreign Rights
Kaiserstraße 79
60329 Frankfurt am Main
Germany

www.schoeffling.de

Nuestra calle

Tenía la intención y la tengo todavía, de contar la historia de nuestra familia y de su salvación milagrosa, pero me doy cuenta de que los recuerdos no quieren pararse en 1933 y corren siempre hacia más atrás. Es como si mi memoria hubiese dado un empujón a una pesada rueda que, una vez puesta en marcha, no se consigue frenar tan fácilmente. Pero pensándolo bien, no hay ninguna razón para frenarla, quizás es incluso mejor si continua girando. Puesto que muchas de las cosas que nos sucedieron a mí, a mis padres y a mis hermanos son difíciles de entender si no se conocen las circunstancias en las cuáles vivíamos entonces.

A partir de 1917 mis padres vivían en una casa por detrás de un edificio, que asomaba al patio interior de la Kaiserhofstraße 12, una pequeña calle entre la Hauptwache y la Opernplatz. Ahí nací yo. La Kaiserhofstraße llegaba sólo hasta el número 20 y unía la Hochstraße con la casi paralela Freßgasse, la “calle de la glotonería”, que en realidad se llama Große Bockenheimer Straße, pero todos la llaman solo Freßgasse, tanto que muchos ni quiera conocen su verdadero nombre.

En la Freßgasse estaba Rollenhagen, la tienda de gastronomía más prestigiosa de Fráncfort. Yo iba a menudo a aplastar la nariz contra el escaparate para mirar los manjares de los que no sabía ni el nombre, decorados como obras de arte fantásticas, y a observar dentro de la tienda a los señores y señoras refinados que podían permitirse aquellos placeres, hasta que el aliento sobre el cristal me impedía ver.

Pero Rollhagen era únicamente una de las muchas tiendas por las cuales esta calle se convirtió en la Freßgasse. Estaban el quesero Petri en la casa de la esquina con la Kaiserhofstraße, que apilaba en el escaparate las ruedas gigantes de quesos suizos cortados por la mitad; la pescadería Kremser, cuyo frente de escaparate era una única bañera grande en la que nadaban peces de todos los mares del mundo; la exclusiva tienda de bombones de Wörner-Simmer que cada vez que pasaba por delante, me hacía desear poder probar antes o después una de las deliciosas chocolatinas expuestas entre magníficos adornos; la tienda de delicatessen Plöger que en aquella época era mucho más pequeña que Rollenhagen, pero existe todavía hoy, mientras que el grande Rollhagen tuvo que cerrar justo después de la Segunda Guerra Mundial; más allá el frutero Weinschrod, al que yo no soportaba porque tenía que ir a comprar “diez céntimos de fruta machacada”; y por el mismo motivo detestaba al carnicero Emmmerich, donde raramente compraba otra cosa que no fuese “ veinte céntimos de restos de embutido”; me acuerdo todavía muy bien de la panadería Fritz Lochner, panadero hoy bien conocido más allá de los confines de la ciudad, y del carnicero Stephan Weiß, que en el momento justo, precisamente, la primera vez que el dirigible “Conde Zeppelin” aterrizó en Fráncfort, inventó un nueva masa de salchicha,

la metió en una tripa de un metro de largo y tres pulgadas de ancho y regaló la salchicha gigante a la tripulación, obteniendo así el permiso para llamarla Zeppelin. Hasta el día de hoy ha vendido muchos kilómetros.

Pero volviendo a la Kaiserhofstraße. Tan corta como era, durante una época debió de haber sido una calle señorial . Por desgracia no habría podido incluir a nuestra familia en esta distinción, porque vivíamos en la parte popular de la casa, aquella detrás del patio interior, y papá era un trabajador. Nuestra calle era en cualquier caso más señorial que las dos paralelas a la derecha y a la izquierda, la Meisengasse y la Kleine Hochstraße, casi igual de largas.

Los edificios de la época guillermina de nuestra calle tenían fachadas imponentes, en su mayor parte bien conservadas y cuidadas, con balaustradas, cenefas en las ventanas y otros elementos decorativos de arenisca roja detrás de los cuales vivían empleados, funcionarios de la administración de la ciudad, artesanos y hombres de negocios. Entre nuestros vecinos había también muchos propietarios de tiendas de alimentación de la Freßgasse.

En la Kaiserhofstraße estábamos orgullosísimos también del club de esgrima Hermannia, al que en aquella época pertenecía la jugadora de esgrima ebrea de fama mundial Helene Mayer. Tenía la sede en el número 11, y cuando la campeona volvía a casa con una nueva victoria organizaban una fiesta de recibimiento en el que participaba toda la calle. Después de 1933 la Hermannia cambió sede y dejó el edificio a la asociación nacionalsocialista“Kraft und Freude”(1). Diez años más tarde fue la primera casa de nuestra calle que fue destruida por las bombas.

También la corporación estudiantil Rhenania pensaba que nuestra calle era lo suficientemente digna como para hospedar en el número 19 su cuartel general, donde de vez en cuando ocurrían verdaderos duelos entre los estudiantes. Sobre la fachada del edificio había un nicho que alojaba una estatua griega grande de arenisca que no pasaba inadvertida. Si me subía al alféizar de una ventana y me ponía en el canto de la puerta de hierro del sótano, conseguía ver a los estudiantes que se pegaban hasta hacerse sangre.

Pero lo más especial de nuestra calle era que en ella vivían algunos pintores y actores, y sobre todo cantantes de la compañía del cercano teatro de la ópera. Gracias a ellos la calle adquiría un cierto aire mundano, puede que incluso frívolo. Este aspecto venía reforzado por la presencia de dos locales nocturnos exclusivos, que sólo abrían por la tarde y estaban dotados de pesadas cortinas de terciopelo rojo para impedir ver más allá de la puerta de cristal. Uno de ellos era un local de homosexuales que durante una temporada fue famoso en toda la ciudad.

No obstante todo esto, a la Kaiserhofstraße se la consideraba una calle decente en la que la pequeña burguesía y la clase media sentían que podían vivir con tranquilidad.

Ni siquiera las dos prostitutas del número 4 –en seguida vino a vivir una tercera incluso a nuestro edificio – podían dañar la respetabilidad de la calle: después de todo sólo vivían ahí, y pagaban puntualmente el alquiler. A hacer la calle se iban ambas entre la Goethestraße y la Hauptwache, en la formal Steinweg o directamente a la Kleinen Bockenheimer Straße, donde dos casas más allá del Gato Rojo tenían su hotel por horas. Disponían de tanto dinero que cada día iban a arreglarse el pelo al peluquero Jung, en el número 2. Al peluquero, un hombre honesto, no le parecía un hecho de mala reputación. Ya que las dos señoras seguían los controles de las autoridades sanitarias y no intentaban seducirle ni a él, ni a sus dependientes y tampoco a su mujer le causaba preocupación... ¿qué había de malo?

Yo mismo sí que le saqué provecho a las dos señoras de traseros bamboleantes. Fue gracias a ellas que mi hermana Paula, que era un año y medio más mayor que yo, me pudo mostrar cómo reconocer a una prostituta con toda seguridad, es decir, en el hecho de que para hacerse reconocer por los hombres se pone medias con una costura mucho más marcada que las que se ponen las otras mujeres. Paula ya debía de saberlo, en esos momentos tenía siete años y era muy lista. A partir de ese entonces yo ya estaba al tanto de todo, ninguna podría engañarme. Y de hecho, justo después, y gracias a esta información reservada, desenmascaré una cantidad monstruosa de prostitutas, que se desplazaban como si no pasara nada entre la masa de la Freßgasse, y que no se dejaban traicionar de ninguna manera, si no fuese por la costura marcada de las medias. Fueron horas de densa emoción. De manera sabia, me reservé estos descubrimientos para mí sólo.

Como es natural vivían en nuestra calle también trabajadores y gente común y humilde; después de todo, había bastantes edificios que daban a un patio interior– uno detrás de cada casa con fachada a la calle. Detrás, los alquileres eran más económicos. Igualmente se oían a menudo quejas sobre que considerando que nunca les llegaba el sol y que siempre apestaba, los alquileres de las casas traseras, eran, sin embargo, demasiado altos. Sucedió por ejemplo en el número 10, el edificio que estaba al lado del nuestro, cuyo patio interior estaba separado de nosotros sólo con un muro alto de unos dos metros, al cual se había fijado una barra de alfombras que facilitaba mucho el trepar al otro lado. El edificio entero pertenecía a la hija de los dueños de una fábrica de cerveza, que vivía en la parte delantera, en la segunda planta. Su marido, el maestro cerrajero August Walther, tenía su taller en el patio. Vivían en régimen de separación de bienes, y cuando la hija del productor de cerveza conversaba con los vecinos no desperdiciaba la ocasión para recalcar que el edificio era suyo; a él no le pertenecía nada más que la placa en la fachada con la inscripción “Cerrojos y afines”, su nombre y dos llaves de oro cruzadas, que se veían desde la Freßgasse. La señora Walther – que nos espantaba siempre en cuanto nos acercábamos a su casa, tenía arranques de cólera cuando descubría garabatos sobre la fachada o en la escalera, y no soportaba a los pobres porque ellos mismos eran los culpables de su pobreza, –

reaccionaba a las quejas sobre los alquileres demasiado altos replicando que si a alguno no le parecía bien, podía irse a la Meisengasse: ella no le retenía. Esto lo gritaba fuerte desde la casa de delante y a través del patio en dirección a los inquilinos de las casas de atrás, de forma que todo el vecindario se enteraba y aquéllos que se daban por aludidos cerraban las ventanas abochornados.

Nuestra calle escondía un montón de cosas singulares, me extraña que en su día (y más adelante) pasaran desapercibidas. Quiero decir, la calle Kaiserhofstraße, de la que nadie sabe bien por qué se llama así, se hubiera merecido, que su historia entrase a formar parte de los anales municipales. Ya de por sí los recuerdos que he conservado –y que son poquísimos restos de recuerdos– son dignos de atención.

En el número 6 por ejemplo vivía un pintor con el nombre sonoro de Lino Salini. Desde entonces, no he conocido a ningún ser humano cuyo nombre y aspecto encajasen tan bien. Cuando aquel hombre apuesto caminaba, mejor dicho, marchaba hacia abajo por la Kaiserhofstraße, parecía que entraba en escena: envuelto en una capa ancha, llevaba en la cabeza, tanto en verano como en invierno, un sombrero de negro de artista, con el ala ancha como una rueda de carro, sostenía la carpeta de los dibujos apretada bajo el brazo izquierdo y hacía balancear el brazo derecho en un amplio arco, colocándose de continuo con un movimiento descuidado la bufanda de lana que se le resbalaba por los hombros.

El travestido Didi, que vivía en la misma casa, se comportaba de un modo menos llamativo. Durante el día era un peluquero demandado en una distinguida peluquería de señoras de la Schillerstraße; por la noche, prefería no ser reconocido cuando salía maquillado, puestos una peluca rubia clara y un elegante vestido de noche largo hasta los tobillos o un traje de chaqueta ceñido con estola de piel, medias de seda y zapatos de tacón alto. Pero los habitantes de la Kaiserhofstraße lo sabían naturalmente y se burlaban de él. El aceptaba las chanzas en silencio, sonriendo. También yo lo conocía bien en la versión masculina, y me impresionaba profundamente la transformación nocturna, el que con la ropa cambiase también la forma de caminar, su conducta e incluso la voz. Si no hubiera sido porque los chicos mayores me hicieron fijarme en él, yo por mí mismo seguramente no le hubiese reconocido.

Cuando Didi no se atrevía ya más desde hacía tiempo a dejarse ver vestido de mujer, un día las SA fueron a buscarlo a su puesto de trabajo y lo mandaron a un campo de concentración. Y allí Didi, quien fuera del salón de peluquería era incapaz de retorcerle un pelo a nadie, murió miserablemente.

Un par de casas más adelante, donde estaba la taberna de Mohrhards, vivía una pareja muy original: el matrimonio Kummernuß. Dos plaquitas de latón esmaltado al lado de la puerta, puestas meticulosamente una encima de la otra, indicaban que el matrimonio tenían una combinación de profesiones realmente ideal: él era detective, ella astróloga. Ambos tenían su lugar de trabajo en el mismo piso de tres habitaciones.

Así la clientela podía comodamente elegir si acomodarse en la habitación de delante para dar orden de recoger informaciones, o hacerse predecir el futuro de las estrellas en la habitación de detrás, en condiciones de luz un poco menos favorables, pero también afrontando un honorario más económico (y a lo mejor las mismas posibilidades de éxito). Estoy convencido de que estos dos ámbitos de trabajo se completaban de manera excelente.

La astróloga Kummernuß se equivocó sólo en una ocasión, cuando el detective Kummernuß dio un traspie debido a sus métodos de trabajo decididamente no convencionales, entre los que se encontraban el robo de legajos, la estafa de seguros, el soborno de funcionarios y, en un caso, incluso un incendio provocado; en aquella ocasión por desgracia la astróloga no fue capaz de leer a tiempo en la posición de las estrellas, que el excesivo celo profesional del detective iba a acabar en cárcel.

En la buhardilla de la misma casa vivía aún, Peter Weckesser, el oficial del horno de la panadería. Era un comunista políticamente activo, creo que era cobrador de la zona, y en la misma cédula local del KPD en la cual militaba también mamá. Sabía algo de la época de papá en la ilegalidad y de nuestros orígenes hebreos, pero no tenía conocimiento de los esfuerzos de mamá para convertir nuestro pasado en invisible. Incluso después de la prohibición del partido, él seguía trayendo a mi madre con regularidad panfletos ilegales. Ya en el verano de 1933 fue arrestado y le condenaron a tres años de reclusión. En 1937- después de su puesta en libertad se había mudado a otro barrio- me lo encontré por casualidad por la calle. Me preguntó si justo después de su detención le había ocurrido algo a mi familia. Me contó que antes de arrestarlo la policía secreta le había estado siguiendo mucho tiempo antes de detenerle, y que después habían arrestado también a muchos camaradas del partido que él había ido a visitar en esas semanas. Además, en el informe de un confidente de la policía, que se leyó en el proceso, se mencionaba también el nombre de mi madre. Peter se quedó muy sorprendido cuando le dije que no habían venido ni una sola vez hacernos un registro a nuestra casa.

Saco a colación este episodio porque fue una de las primeras situaciones peligrosas en la que nos encontramos durante el periodo de Hitler, una de las muchas que podrían haber decidido el destino de nuestra familia.

This excerpt is presented for informational purposes only
– any use or copying for commercial purposes is strictly
prohibited.

For further information on international rights for this
title please contact:

Schöffling & Co.
Foreign Rights
Kaiserstrasse 79
60329 Frankfurt am Main
Germany

phone: +49 69 92 07 87 16
fax: +49 69 92 07 87 20

www.schoeffling.de/content/foreignrights/news-start.html